



Santo Domingo de Guzmán y el arte de hablar siempre con Dios o de Dios.

El 8 de agosto de 2020, con la presencia del Sr. Nuncio del Papa en España, la Diócesis de Osma-Soria inauguraba un Año Jubilar (2020-2021) con motivo del octavo centenario de la muerte de Santo Domingo de Guzmán acaecida en el año 1221. Este gran santo, fundador de la Orden de Predicadores, fue miembro del cabildo de la Catedral de Osma y Vicario General de nuestra Diócesis.

Santo Domingo de Guzmán nació en Caleruega, localidad de la provincia de Burgos, pero entonces perteneciente a la Diócesis oxomense. Con motivo de la nueva demarcación de muchas diócesis españolas llevada a cabo a mediados del siglo pasado, Caleruega pasó a la Archidiócesis de Burgos, pero en Osma-Soria se conserva muy fuerte el vínculo familiar hacia esta figura de primer orden. Es patrón del Seminario diocesano y, junto a San Pedro de Osma, de toda la Diócesis. El viernes 6 de agosto de 2021 tuve el honor de clausurar el Año Jubilar con una celebración eucarística en el templo catedral de la Villa Episcopal.

En Santo Domingo de Guzmán encontramos una figura del todo excepcional por su vida y por su obra. Es un personaje que modeló y templó su espíritu a la luz de la Palabra de Dios, de la vida sacramental y del amor a los hermanos, traduciendo de esta manera la misma experiencia del Apóstol: *“Pero un atleta se impone toda clase de privaciones; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita”* (1Cor 9, 25). Por eso, también Dante Alighieri en la *Divina comedia* lo llama *“el atleta de Dios”* (Paraíso XII, 51...), lo cual constituye un primer motivo de reflexión y es que los santos nos recuerdan la posibilidad concreta de la amistad con Dios, que no es otra cosa que la santidad, si se pide con una fe manifestada por medio de la caridad.

Frente a una cultura de la imagen y la apariencia en la cual vivimos actualmente, Santo Domingo contrapone la primacía de lo espiritual, del ser sobre el tener, del servir sobre el dominar. Nos enseña la importancia de vivir la única vida que tenemos, poniendo el acento no sobre lo que es urgente sino sobre lo que es necesario y eterno, eso que colma nuestro deseo de amar y ser amados. Ya lo dijo también el gran San Bernardo en su *Liber*

de diligendo Deo: “Quien puede contener a Dios no puede ser colmado por nada que sea menos que Dios”. Santo Domingo siempre acogió las posibilidades que la vida le ofrecía como ocasiones dadas por Dios para llevar a cabo el proyecto de amor que había pensado para él y para la Iglesia.

De Santo Domingo nos hablan los testimonios de quienes vivieron con él y quedaron impresionados por su gran fe y por su amor hacia todos. Como cuenta el beato Jordán de Sajonia, sucesor en la Orden (cf. *Libellus*, 10), siendo el santo un joven estudiante, decide vender sus bienes y, sobre todo, sus libros, para socorrer a los pobres, víctimas de una gran hambruna que asoló la ciudad de Palencia donde él se encontraba en ese momento, lo cual manifiesta la generosidad del corazón que latía en Santo Domingo, un corazón compasivo, sensible y disponible. A quien le preguntó, sorprendido, las razones de ese gesto, Santo Domingo le respondió espontáneamente: *“No quiero estudiar sobre pieles muertas, y que los hombres mueran de hambre”* (Proceso de canonización de santo Domingo. II Actas de los testigos de Bolonia, en L. GALMES, V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*, BAC, Madrid 1987, p. 166). Con la razón y la fe tomó la decisión justa, obrando de modo excepcional frente a una emergencia, con la conciencia de que en aquel momento era llamado a ser instrumento de la ternura de Dios, y dando a todos una concreta lección de vida: permanecer siempre abiertos a Dios y a las necesidades del prójimo *“hic et nunc”* (cf. Lc 10, 33).

El resto de su vida nos enseña que la forma ordinaria de atención a los hermanos de su tiempo fue *“la verdad en el amor”* (cf. Ef 4, 15). Esta conciencia surgió en Santo Domingo cuando llegó a Toulouse (Francia) y, con un posadero que había perdido la fe, experimenta más allá de los argumentos la necesidad de una predicación que descansa sobre todo en el testimonio y la vida contemplativa. Quizás en este momento comienza a intuir lo que el Señor quiere de él y en este deseo de realizar la voluntad de Dios se encuentra unos años más tarde poniendo los medios para crear no especialistas en comunicación, no oradores o profesores sino la Orden de los predicadores dedicados a recordar a todos que Dios es el Amor verdadero. Como recuerda el Papa Francisco, *“con san Francisco de Asís, Domingo entendió que la proclamación del Evangelio, verbis et exemplo, implicaba el crecimiento de toda la comunidad eclesial en la unidad fraternal y el discipulado misionero”* (Carta en el VIII centenario).

Del diálogo en la verdad, precedido de la escucha respetuosa de aquel posadero, Santo Domingo encontró la confirmación de que las personas, aunque no siempre son conscientes, necesitan la verdad como el aire que respiran, la verdad que salva, la Verdad que es Cristo (cf. Mt 4, 4). Los dominicos celebran a Santo Domingo como “doctor de la verdad. El lema principal de la Orden es la verdad, “Veritas”, y a sus frailes se les llama “predicadores de la verdad”. Porque la verdad no es un lujo, no es un hobby superfluo ni es una manía cultural de la Edad Media. La verdad es lo que permite al ser humano realizarse como tal, no traicionar su dignidad ni la del prójimo, alcanzar su destino y huir de la amargura frustrante de la falta de sentido. En su encuentro con Jesucristo, Santo Domingo experimentó que la verdad se traduce en amor compasivo. Gracias a esa capacidad de compadecerse por el otro, se supera la tentación de permanecer en un intelectualismo abstracto que no interesa a nadie. La unidad de la verdad y la caridad encontró su máxima expresión en la escuela dominicana de Salamanca, y en particular en la obra de Fray Francisco de Vitoria, que propuso un marco de derecho internacional enraizado en los derechos humanos universales.

Caridad y verdad que no temen llamar a las cosas por su nombre, es el mensaje de Santo Domingo, el más actual de todos, porque está dirigido a nutrir lo que no muere: un amor, digamos, “de marca”, firmado, y no una mera imitación. La caridad de la verdad que no teme las novedades de cada tiempo ni las actuales fuertes raíces de la cultura débil, líquida, que nos rodea; frente a esto, la verdad evangélica no se impone, más bien se propone “*a tiempo y a destiempo*” (2Tim 4, 2). El amor verdadero se realiza solo en la verdad y exige sacrificio porque, cuando se ama de verdad, inevitablemente se sufre y cuando no se está dispuesto a sufrir es porque se ha renunciado a amar.

Finalmente, es de destacar la gran devoción de Santo Domingo a la Virgen María. El beato Jordán de Sajonia que lo conoció muy bien, lo afirma así en diversas ocasiones. Ya de niño en Caleruega era llevado por su madre a la Virgen de Castro. Y después respiró este amor a Santa María en la catedral de El Burgo de Osma. Los frailes predicadores, continuadores en el tiempo de la vida y obra de Santo Domingo, terminan su jornada cantando la Salve desde los primeros orígenes de la Orden. Todos necesitamos de la mirada benevolente de Dios Padre que nos recoge en sus manos al final del día y de la mirada de la Madre a la que le pedimos en la Salve: “*Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos*”.

Ocho siglos nos separan del nacimiento para el cielo de Santo Domingo. Nos separan de él el espacio y el tiempo, el contexto sociocultural y las circunstancias, pero no la confusión, el sentido de pérdida, las tensiones y, sobre todo, la crisis de fe y, consecuentemente, de esperanza, elementos estos presentes tanto en su tiempo como en el nuestro. Como recuerda el Papa Francisco en la Carta que escribió con motivo del centenario, “*en nuestro tiempo, caracterizado por grandes transformaciones y nuevos desafíos a la misión evangelizadora de la Iglesia, Domingo puede servir de inspiración a todos los bautizados, llamados, como discípulos misioneros, a llegar a todas las periferias de nuestro mundo con la luz del Evangelio y el amor misericordioso de Cristo*”.

Santo Domingo nos enseña hoy a no juzgar, sino, con humildad, a saber interpretar el grito de auxilio que, de formas muy diversas y a veces incomprensibles, se eleva desde esta humanidad siempre tentada, como ocurriera a nuestros primeros padres (cf. Gn 3, 5) a querer ser dios, con las consecuencias de todos conocidas pero que no queremos ver: conflictos, guerras, amenaza nuclear, abusos, uso de la fuerza y búsqueda del poder a costa de los demás. La vida de Santo Domingo y el carisma que el Santo Espíritu de Dios le regaló para la Iglesia entera continua vivo en la Orden fundada por él y nos recuerda que la Verdad nos defiende, aquella Verdad que es Dios mismo (cf. Jn 14, 16-17), Padre y Madre al mismo tiempo, como enseñara el Papa Juan Pablo I, un Dios que, como todos los padres y madres, solo desean la felicidad para sus hijos, acogidos por lo que son y deseando en toda circunstancia el mayor bien para ellos.

Quiero concluir evocando unas palabras de Benedicto XVI que resumen a la perfección el estilo apostólico de Santo Domingo: “*El beato Jordán de Sajonia, fallecido en 1237, su sucesor en el gobierno de la Orden, escribió: «Durante el día nadie se mostraba más sociable que él... Viceversa, de noche, nadie era más asiduo que él en velar en oración. El día lo dedicaba al prójimo, pero la noche la entregaba a Dios» (P. Filippini, Santo Domingo visto por sus contemporáneos, Bolonia 1982, p. 133). En santo Domingo podemos ver un ejemplo de integración armoniosa entre contemplación de los misterios divinos y actividad apostólica. Según los testimonios de las personas más*

cercanas a él, «hablaba siempre con Dios o de Dios». Esta observación indica su comunión profunda con el Señor y, al mismo tiempo, el compromiso constante de llevar a los demás a esta comunión con Dios” (Audiencia general, 8 agosto 2012).

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria